INTERIORES

IX.—COLECCION DEL SR. RAMON HUNEEUS G. H.

PASANDO del salón de la casa del distinguido coleccionista señor Ramón Huneeus, a la sala oriental que éste posee, nuestra impresión es profunda y duradera. Ya habíamos oído hablar con entusiasmo de este rincón adorable, de este salón que guarda tantas cosas evocativas y preciosas, de este estuche, puede decirse, que evoca todo el oriente, con sus encantos, con su pereza, con sus sueños y sus amores.

El señor Huneeus, después de mostrarnos varios cuadros de valor como son. un magnífico Jongkind, —holandés,—una marina; un paisaje de Vollon, de árboles dorados y de gran ambiente, escuela Harpignies; un paisaje de Schuwedelles, escuela francesa moderna; dos primorosas cabezas pintadas en papel negro con lápiz blanco, por nuestro pintor Backaus; un retrato del señor Huneeus, por Molina, muy fino y original en su composición; un paisaje de Rieg, miniatura escuela Dupré; un paisaje de Dupuy: un precioso dibujo del gran Morelli, exquisito en su factura, que representa un "interior", una primorosa cabeza de viejo, de Máximo Peña, al pastel; varios bronces de mérito y muchas otras curiosidades artísticas que no podemos anotar por falta de espacio, nos dice:

—Venga ahora usted a mi rincón predilecto. adonde yo paso mis mejores horas de descanso, único sitio en que me parece que el reposo es profundo y definitivo.

Descorre un tapiz pesado, y aparece a nuestros ojos algo que hemo visto muchas veces en cuadros o en sueños. Luego, el poseedor de aquel nido admirable. apaga los focos eléctricos que desde el techo desparraman luz de amanecer, y enciende dos lámparas, dos únicas lámparas rojas, lámparas que parecen votivas en medio de aquel recogimiento y aquella paz. Entonces la ilusión de oriente es completa.

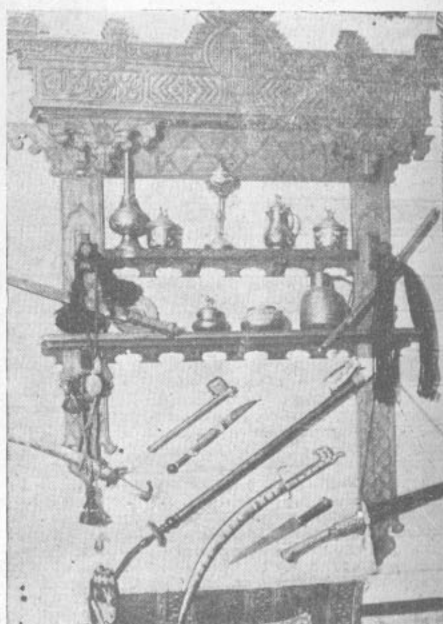
Guardamos silencio por largo rato. El ambiente nos posee por entero, nos hace meditar, nos hace que fijemos la vista en un sólo punto, en la manchita roja de la lámpara calada, en forma de cúpula oriental, en cuyo extremo asoma una fina media luna sagrada. Cualquiera palabra nos parecería indiscreta en aquellos momentos. No decimos nada al dueño de aquello, aún no nos atrevemos a exteriorizar nuestra admiración.

Estamos sentados en un amplio diván oriental, de muelles blandos que invitan al reposo al sueño.

Cojines, tapices, armas, todo se esfuma dulcemente en los primeros momentos en aquel crepúsculo piadoso y dulce, que se nos imagina una puesta de sol en el Bósforo, pintada por la pluma de Loti.

El estilo es severo, armónico, ajustado al am-

Interesante panneau de uno de los costados de la sala oriental: se ven la cota de mallas y una ballesta medioevales.



Una hermosa repisa oriental, totalmente tallada a mano y que contiene objetos orientales de gran valor.

biente. Frente a nosotros, hay otro diván amplio que recuerda un lecho, con gran cantidad de cojines. Al lado alumbra igualmente otra lámpara de luz roja, mitigada por una pantalla que es un encaje tejido en hierro por manos de esclava oriental. A mi vera un pequeño taburete incrustado en concha de perla, de tonos apagados, tiene dispuesto un narguilé para las delicias del opio. Evoco un cuento oriental, imagino varios árabes silenciosos fumando alrededor de aquel narguilé fino y cincelado como una joya, y uno de ellos balbuceando una historia que habla de venganzas, de besos y de fantasías remotas. Por todas partes reciben amablemente a la mirada tapices marchitos que el tiempo ha ennoblecido con su pulida mano de noble viejo.

—¡Qué hermoso, qué hermoso!—son nuestras primeras palabras después de llevar un largo rato de profundo silencio. El señor Huneeus no nos responde, señal que está sumido sabe Dios en qué sueños de ese oriente, que él, con exquisito gusto de artista y de gran señor, ha querido llevar a su mansión para recogerse en sus horas de descanso. Nuestros ojos, habituados ya a la penumbra, distinguen más claramente en la media luz, detalles y objetos que momentos antes estaban embebidos en las tintas obscuras. Sobre viejos tapices medioevales vemos una maravillosa cota de malla, recia, brutal, que evoca con precisión el cuerpo robusto y ágil de algún cruzado altivo. Hermosa y rara pieza de museo! Al lado, armas medias, una hacha del tiempo de los cruzados, que lleva calada en el hierro, la cruz simbólica; una ballesta antiquísima, una jabalina de gran señor con guarniciones de plata y que tiene sobre el cañón los lises de una casa señorial. En otro rincón, nuestras manos cojen con respeto una daga legítima del tiempo de los Borgias. La vaina es de terciopelo color amatista—color de capa de obispo—atenuado por los años. Suavemente sacamos la hoja, y ante la aguda punta que hiere nuestros dedos, viene al recuerdo uno de esos refinados crímenes pasionales, en los cuales laboraban el silencio, las sombras de la noche, la daga y el veneno y más que nada la sonrisa pérfida de una de aquellas mujeres de la gran Corte histórica. Junto a esta arma, un puñal de Toledo, legítimo, que lleva en su hoja esta inscripción: "Fábrica de Toledo, 1820". Muchas otras piezas de gran valor pudiéramos anotar, pero aquel diván nos invita nuevamente al reposo y al recogimiento, y volvemos al rincón de los cojines y los tapices.

N. YÁÑEZ SILVA.

Algunos objetos orientales, de valor real, seleccionados en un rincón de la sala.